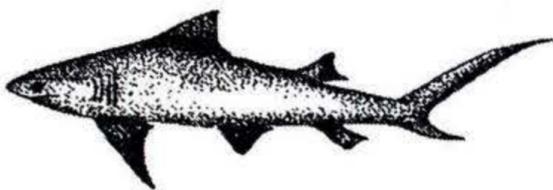


El lector encontrará otras historias que transcurren lejos de la tiza y el tablero. Como la de Santiago, un niño de once años que padece los efectos de un primer amor y, para colmo, de un amor de verano con una extranjera a quien nunca volverá a ver. Esta experiencia, fugaz como solo pueden serlo los amores en esa época y en esas circunstancias, transporta a Santiago desde la alegre despreocupación de la niñez hasta la introspección, la tristeza y ese terrible y perdurable sentimiento de soledad, característico de la adolescencia y en general de la vida.



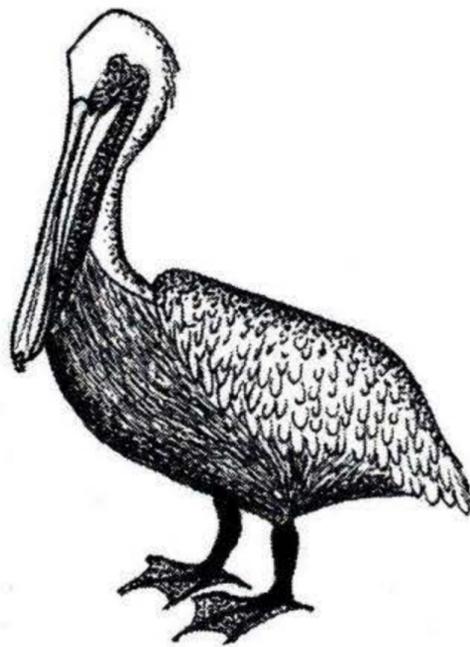
Los personajes, niños que pronto dejarán de serlo y que atraviesan fugaces por las páginas del libro, están enfrentados a un doble aprendizaje: el del colegio, con sus tareas casi siempre aburridas, las normas incomprensibles, los horarios despiadados, y el de la vida que llama a explorar el mundo, a integrarse a los amigos, a reconocerse a través de ellos, y que, en virtud de esa misma fuerza, procura disculpas para posponer durante las vacaciones esos deberes escolares que a veces pierden todo significado frente a la diversidad que ofrece un mundo al que se va conociendo como si fuera otro libro y que ofrece sus normas, también duras, con frecuencia injustas. Finalmente, el lector reconocerá en la escuela un espejo del mundo. Es por ello que se prohíbe pintarlo con los tonos rosa de la evocación. El trato con la vida y con los seres humanos trae consigo amarguras y durezas.

El humor es un elemento que podría haberse explorado mejor. Apenas si se insinúa en situaciones ridículas, como la de la mamá que malhumorada sale a llevar a su hijo al colegio en pijama, con el sueño todavía enredado en los ojos sin pintar, para sufrir en su auto una avería, o como la fugaz escena en la que el terror de sexto B logra espantar al profesor de inglés con un esqueleto. Así mismo, el mundo de lo onírico se dibuja mal, como si se temiera ex-

plorar esa vida oculta en la que los niños participan mejor que los adultos.

El sueño, la magia, la imaginación, habrían podido utilizarse como recurso para escapar del mundo de las prohibiciones, de las normas, de las tareas que se llevan el tiempo libre. La anécdota del árbol abonado por los chicles que los niños entierran bajo sus ramas y que gracias a este tratamiento especial crece hasta convertirse en el más alto del mundo, no logra convencer. Resulta mucho mejor cuando la autora nos lleva al mundo real, al de los castigos y las matrículas condicionales, las madrugadas, la tarea que nunca se hizo.

El colegio pasa a ser una especie de escenario en el que se representan los primeros dramas de la vida. Aquí se enfrentan soñadores, enamorados, buenos y malos estudiantes, niñas feas a quienes se humilla por eso, a las que se adula por ser bonitas, valientes y cobardes. Y siempre, en cada uno de ellos, la mirada que evalúa, que juzga, que mira sin compasión dramas como el del niño deportista que sacrifica su libertad a los ensayos con la esperanza de ganar, no una medalla, sino el respeto de sus iguales, la aprobación de los mayores, el amor de la niña de la que está enamorado.



Este libro es un llamado de atención al sistema educativo que podría enseñar divirtiendo. Pero es también un reconocimiento al dolor que significa crecer, despertar al amor, al desengaño, a la soledad. Seguramente la autora despertará muchas inquietudes entre sus lectores.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

Viaje por la selva de hoy

El Tapón del Darién. Diario de una travesía

Alfredo Molano y María Constanza Ramírez.

Textos complementarios de César Monje.

Fotografías de Richard Emblin

El Sello Editorial, Santafé de Bogotá, 1996, 174 págs.

El Sello Editorial suma a sus anteriores títulos este libro, testimonio sobre la cruda realidad de una carretera programada para cruzar el llamado Tapón del Darién, y empatar la carretera Panamericana que viene desde Alaska hasta la Patagonia.

El sociólogo y economista Alfredo Molano y la economista y bióloga María Constanza Ramírez realizaron una travesía desde Medellín hasta Panamá cruzando el Darién colombo-panameño por la ruta que sigue el trazado eventual de la carretera, y desde Panamá fueron hasta Cartagena en un transbordador que viaja desde la ciudad de Colón hasta La Heroica, como una posible opción para pensar que el puente que una a Centro y Suramérica sea establecido por mar y no por tierra, como lo pretende el proyecto de la Panamericana.

Este diario de viaje por las selvas que interrumpen el asfalto de la ruta Panamericana, es, en síntesis, una descripción del horror que representa la civilización occidental en países del tercer mundo, presionados por potencias, extranjeras a su territorio, pero dueñas de su economía y hasta de su ámbito cultural.

Colombia y Panamá, los dos países entre los que se interpone el Tapón del Darién, están descritos, bajo la lente de Molano y Ramírez, como las colonias de un poder superior: el de los norteamericanos, bajo cuyas reglas se ve influenciado el diario acontecer de sus habitantes y su propio hábitat, con ejemplos concretos que ratifican esta posición, como el hecho de que la ganadería extensiva, enemigo fatal en el lado colombiano de esta selva, está prohibida en Panamá sólo como una protección impuesta por los norteamericanos para que la aftosa no cruce Centroamérica y se instale en las ganaderías de Texas y

Kentucky, o anécdotas que permiten dejar en claro cómo los panameños del Darién, que tienen a todos los colombianos por guerrilleros y narcotraficantes, sólo adquieren empatía con éstos cuando el factor "gringo", enemigo común, está de por medio.

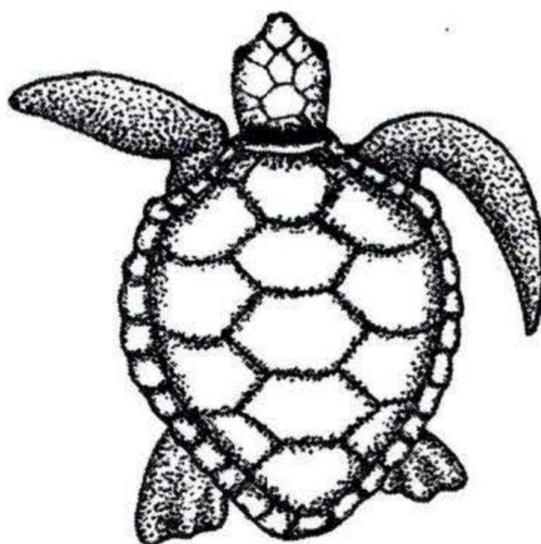
El poder del dinero y las influencias políticas a nivel interno en cada uno de los dos burocráticos estados, el panameño y el colombiano, también están vistos, en esta bitácora, como factores determinantes que contribuyen a la destrucción de la selva del Darién.

Históricamente, narra el libro, en territorio colombiano los habitantes indígenas de la zona se vieron desplazados por los negros que llegaron a estas tierras. Luego vinieron los *chilapos* (mestizos, en su mayoría de los departamentos de Córdoba y el sur de Bolívar, desplazados por la violencia), quienes a su vez fueron desplazados por industriales, casi todos antioqueños, constructores de carreteras y hacendados de fincas de ganadería extensiva y cultivos de banano. Estos últimos vendieron muchas de sus propiedades, ya escrituradas por el Estado, a los narcotraficantes, durante el llamado *boom* de los carteles de la droga en la década del ochenta. Hoy, por la persecución impuesta contra los narcos colombianos, algunas de estas fincas fueron expropiadas por el gobierno o simplemente abandonadas por sus dueños y de nuevo vuelven a estar ocupadas por *chilapos*.

Con referencia al lado panameño, Molano y Ramírez no van a las raíces históricas tanto como a la actualidad política del país, para hacer mención de la forma corrupta como se maneja la adjudicación de contratos para la explotación de los grandes aserríos que día a día arrasan el bosque sin reforestarlo, bajo la impunidad absoluta por parte del Estado.

En una prosa muy amena, de la que difícilmente se desprende el lector, el único reproche es el tono a veces un poco editorial con el que razones dadas y a veces inclusive repetidas enfatizan el argumento de que los ricos, desplazando a los pobres, acaban con el ecosistema del Darién colombo-panameño. No porque este argumento sea falso, no, sino por la forma en que apa-

rece, insistentemente presentado en el texto, es a veces un poco fatigante durante la lectura. El argumento político-social termina siendo retórico.



Sin embargo, un acierto editorial logra neutralizar un poco este tono. Se trata de los capítulos insertados entre una y otra de las escalas del viaje de Molano, Ramírez y sus acompañantes. Aquí, con textos del biólogo César Monje y citas de cronistas de distintas épocas, desde la conquista hasta el siglo XIX, con explicaciones técnicas o párrafos descriptivos se sitúa al lector, bien sea dentro del contexto puramente científico —lo escrito por César Monje—, o en un plano que permite comparar la descripción hecha en el pasado con la realidad actual descrita por el libro: los cronistas.

Las fotografías de Richard Emblin y el material gráfico de apoyo que acompañan esta edición aparecen plenamente justificados en el texto, pero, por la disposición que se les dio entre las páginas y los tantos y tan distintos tamaños, se vuelven incómodos de ver. La parte gráfica de este libro, para la que claramente se hizo un exhaustivo trabajo de investigación que reúne, además de las fotos actuales, ilustraciones de distintas épocas, es una amalgama difícil de mostrar y que al ser tan extensa requiere de mucho más espacio físico del que se le proporcionó.

A este respecto, a todo lo largo del libro se nota demasiado la mano del diagramador, lo que distrae en vez de ayudar en el pasaje de las páginas.

Pero bien, dejando de lado la visión crítica frente a su forma, está claro que este libro es testimonio de una cruda

realidad que, sin importar cómo esté enfocada para narrarla, es fatal: el Darién colombo-panameño está destinado a desaparecer. Con o sin la construcción de la carretera Panamericana, o la de un canal interoceánico, tan en boga por estos días, y no sólo en función del interés económico de unos cuantos ganaderos, agricultores y aserradores, o del interés político de aquellos a quienes este factor socio-económico fortalece —guerrillas, narcos, militares, paramilitares—, sino también porque la mayor parte de los habitantes de esta región del mundo tienen como única alternativa la de seguir domesticando para su propio beneficio cada pedazo de selva que se les cruce por delante, en procura de su diaria subsistencia. Los seres humanos del Darién viven como prisioneros de una selva que ellos mismos se están comiendo. Prácticamente ninguno llegó a este lugar por voluntad propia. Casi todos fueron o llevados o empujados hasta allá, un rincón olvidado del mundo, por razones ajenas a su propia voluntad. En su lógica no existe el explotar este sitio en procura de mantenerlo; al contrario, se trata de dominarlo para convertirlo en el hábitat anterior que habitó cada uno antes de estar condenado a la selva.

JUAN SIERRA

Defensa extensa y minuciosa

Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994

Martha Segura

Publicaciones Cultural, Santafé de Bogotá, 1995, 2 vols., ilus.

Recoger con gran rigor investigativo todo lo humano y lo divino que de un modo u otro tenga relación con el hoy denominado Museo Nacional de Colombia, es una tarea dispendiosa, pero que puede ser del interés interno del propio museo y de algunos especialistas. Disponerlo en orden cronológico y publicar, casi crudo todo el material obtenido, en dos tomos